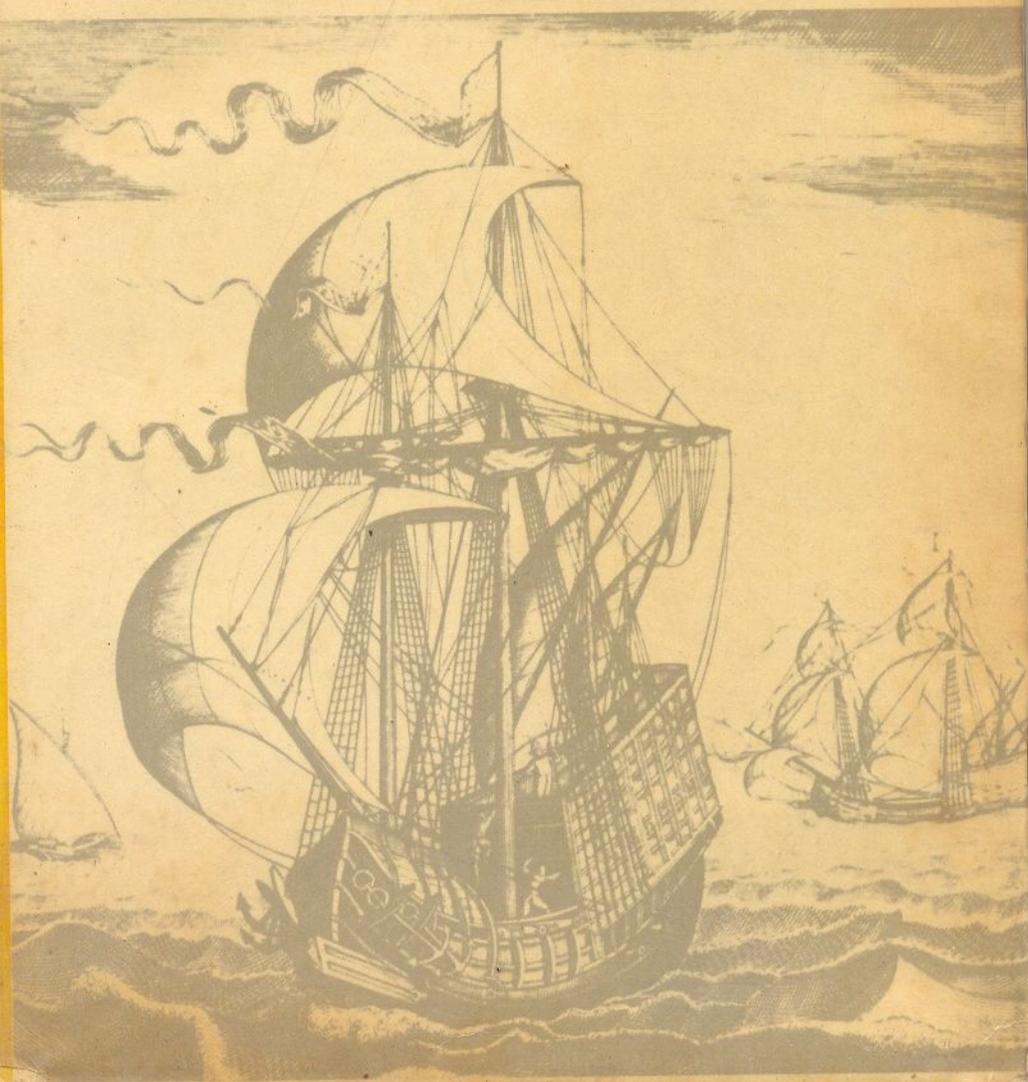


HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL DE LA EDAD MEDIA

HENRI PIRENNE

cfe



HENRI PIRENNE

Historia
económica y social
de la Edad Media

con un ANEXO BIBLIOGRÁFICO Y CRÍTICO de

H. VAN WERVEKE



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés,	1933
Primera edición en español,	1939
Primera reimpresión,	1941
Segunda reimpresión,	1947
Tercera reimpresión,	1952
Cuarta reimpresión,	1955
Quinta reimpresión,	1960
Sexta reimpresión,	1961
Séptima reimpresión,	1963
Octava reimpresión,	1966
Novena reimpresión,	1969
Décima reimpresión,	1970
Undécima reimpresión,	1973
Duodécima reimpresión,	1974
Decimotercera reimpresión,	1975
Décima cuarta reimpresión,	1975

Título de la obra

Histoire Economique et Sociale du Moyen-Age

© 1933 Presses Universitaires de France

Traducción de:

Salvador Echavarría

Traducción del Anexo Bibliográfico y Crítico:

Martí Soler-Vinyes

D. R. © 1939 *Fondo de Cultura Económica*

Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

Impreso en México

INTRODUCCIÓN

I

Para comprender el renacimiento económico que tuvo lugar en la Europa occidental a partir del siglo xi, es preciso examinar brevemente el período anterior.

Ruptura del equilibrio económico de la Antigüedad. Desde el punto de vista en que debemos colocarnos aquí, se ve inmediatamente que los reinos bárbaros fundados en el siglo v en el suelo de la Europa occidental habían conservado el carácter más patente y esencial de la civilización antigua: su carácter mediterráneo.¹ El mar interior, alrededor del cual habían nacido todas las civilizaciones del mundo antiguo y por el cual se habían comunicado unas con otras, había sido el vehículo de sus ideas y de su comercio. El Imperio romano, a la postre, había abarcado enteramente dicho mar; hacia él convergía la actividad de todas las provincias imperiales, desde Bretaña hasta el Éufrates, y después de las invasiones germánicas, había seguido desempeñando su papel tradicional. Para los bárbaros establecidos en Italia, en África, en España y en Galia, era aún la gran vía de comunicación con el Imperio bizantino, y las relaciones que mantenía con éste permitían que subsistiera una vida económica en la que es imposible no ver una prolongación directa de la Antigüedad. Baste recordar aquí la actividad de la navegación siria del siglo v al viii, entre los puertos de Occidente y los de Egipto y Asia Menor, el hecho de que los reyes germánicos hayan conservado el sueldo de oro romano, instrumento y a la vez símbolo de la unidad económica de la cuenca mediterránea, y, en fin, la orientación general del comercio hacia las costas de ese mar que los hombres hubiesen podido llamar, aun entonces con tanto derecho como los romanos, *Mare Nostrum*. Fue precisa la brusca irrupción del Islam en la historia, durante el siglo vii, y su conquista de las costas orientales, meridionales y occidentales del gran lago europeo, para colocar a éste en una situación completamente nueva, cuyas consecuencias debían influir en todo el curso ulterior de la historia.² En lo sucesivo, en vez de seguir siendo el vínculo milenarío que había sido hasta entonces entre el Oriente y el Occidente, el Mediterráneo se convirtió en barrera. Si bien el Imperio bizantino, gracias a su flota de guerra, logra rechazar la ofensiva musulmana del mar Egeo, del Adriático y de las costas meridionales de Italia, en cambio todo el Mar Tirreno queda en poder de los sarracenos. Por África y España, lo envuelven al Sur y al Oeste, al mismo tiempo que la posesión de las islas Baleares, de Córcega,

Cerdeña y Sicilia, les proporciona bases navales que vienen a afianzar sobre él su dominio. A partir del principio del siglo VIII, el comercio europeo está condenado a desaparecer en ese amplio cuadrilátero marítimo. El movimiento económico, desde entonces, se orienta hacia Bagdad. Los cristianos, dirá pintorescamente Ibn-Kaldun: "No logran que flote en el Mediterráneo ni una tabla."³ En estas costas, que antaño correspondían unas con otras en la comunidad de las mismas costumbres, necesidades e ideas, se afrontan ahora dos civilizaciones, o, mejor dicho, dos mundos extraños y hostiles, el de la Cruz y el de la Media Luna. El equilibrio económico de la Antigüedad, que había resistido a las invasiones germánicas, se derrumba ante la invasión del Islam. Los carolingios impedirán que éste se extienda al norte de los Pirineos. Mas no podrán, y además, conscientes de su importancia, no tratarán de arrebatárle el dominio del mar. El Imperio de Carlomagno, por un contraste manifiesto con la Galia romana y la merovingia, será puramente agrícola o, si se quiere, continental. De este hecho fundamental se deriva por necesidad un orden económico, nuevo, que es propiamente el de la Edad Media primitiva.⁴

Los sarracenos y los cristianos en Occidente. Aunque es mucho lo que deben los cristianos a la civilización superior de los musulmanes, el espectáculo de la historia posterior no nos permite forjarnos ilusiones acerca de las relaciones que entre ambos existieron al principio. Es cierto que desde el siglo IX los bizantinos y sus puestos avanzados en las costas italianas, Nápoles, Amalfi, Bari y, sobre todo, Venecia, traficaron más o menos activamente con los árabes de Sicilia, de África, de Egipto y Asia Menor. Pero sucedió algo muy distinto en la Europa occidental. En ésta, el antagonismo de las dos religiones en presencia, las mantuvo en estado de guerra una frente a otra. Los piratas sarracenos infestaban sin tregua el litoral del golfo de León, el estuario de Génova, las costas de Toscana y las de Cataluña. Saquearon Pisa en 935 y en 1004, y destruyeron Barcelona en 985. Antes de que empezara el siglo IX, no se descubre la menor traza de comunicaciones entre estas regiones y los puertos sarracenos de España y África. La inseguridad es tan grande en las costas, que el obispo de Maguelonne tiene que trasladarse a Montpellier. Ni la tierra firme está a salvo de los ataques del enemigo. Se sabe que en el siglo X los musulmanes establecieron en los Alpes, en Garde-Frainet, un puesto militar, desde el cual exigían rescate y asesinaban a los peregrinos y viajeros que iban de Francia a Italia. El Rosellón, en la misma época, vivía en el terror de las correrías que llevaban a cabo allende los Pirineos. En 846, unas bandas sarracenas avanzaron hasta Roma y sitiaron el castillo Sant'Angelo. En tales condiciones, la proximidad de los sarracenos sólo podía acarrear a los cristianos occidentales desastres sin compensación. Demasiado débiles para pensar en poder atacar,

se replegaron temerosamente y abandonaron a sus adversarios el mar, en el que no se atrevían a aventurarse. Del siglo ix al xi, el Occidente, a decir verdad, quedó bloqueado. Si bien se enviaban de tarde en tarde embajadores a Constantinopla y aun había numerosos peregrinos que se dirigían a Jerusalén, éstos lograban a duras penas llegar a su meta por Iliria y Tracia o cruzando el Adriático, al sur de Italia, en los barcos griegos que tocaban en Bari. Nada permite, pues, sostener, como lo han hecho algunos historiadores, que sus viajes demuestran la persistencia de la navegación mediterránea occidental después de la expansión islámica. Aquella, en efecto, había muerto para siempre.

Desaparición del comercio en Occidente. El movimiento comercial no le sobrevivió, pues la navegación constituía su arteria vital. Es fácil comprobar que, mientras permaneció activa, se mantuvo el tráfico entre los puertos de Italia, de África, de España, de Galia y del interior. No cabe duda, cuando se leen los documentos, desgraciadamente muy escasos, que poseemos, que antes de la conquista árabe una clase de mercaderes profesionales fue en todas esas regiones el instrumento de un comercio de exportación e importación, cuya importancia, mas no la existencia, puede discutirse. Gracias a dichos mercaderes, las ciudades romanas siguieron siendo centros de negocios y puntos de concentración de una circulación que, desde las costas, se propagaba hacia el Norte, cuando menos hasta el valle del Rin, e introducía el papiro, las especias, los vinos orientales y el aceite que se desembarcaban a orillas del Mediterráneo.⁵

El hecho de que la expansión islámica haya venido a cerrar este mar en el siglo vii, tuvo por resultado necesario la rapidísima decadencia de aquella actividad. En el curso del siglo viii, los mercaderes desaparecieron a consecuencia de la interrupción del comercio. La vida urbana, que perduraba gracias a ellos, se derrumbó al mismo tiempo. Las ciudades romanas, sin embargo, subsistieron, tal vez porque siendo los centros de la administración diocesana, los obispos conservaban en ellas sus residencias y reunían a su alrededor un clero numeroso; pero perdieron todo significado económico al mismo tiempo que su administración municipal. Se manifestó entonces un empobrecimiento general. El numerario de oro desapareció para ser reemplazado por la moneda de plata con que los carolingios tuvieron que sustituirle. El nuevo sistema monetario, que instituyeron en lugar del antiguo sueldo romano, es prueba evidente de su ruptura con la economía antigua, o, mejor dicho, con la economía mediterránea.

Regresión económica bajo los carolingios. Es un error manifiesto considerar, como casi siempre se hace, que el reino de Carlomagno fue una época de ascensión económica. Esto es una mera

III

IV

ilusión. En realidad, comparado con el período merovingio, el carolingio aparece, desde el punto de vista comercial, como un período de decadencia o, si se quiere, de retroceso.⁶ Aunque lo hubiera intentado, Carlos no hubiera podido suprimir las consecuencias ineludibles de la desaparición del tráfico marítimo y del cierre del mar.

Es cierto que estas consecuencias no afectaron a las regiones del Norte con la misma intensidad que a las del Sur.

Durante la primera mitad del siglo ix, los puertos de Quentovic (en la actualidad Étaples en el Canche) y de Dwrstel (en el Rin, arriba de Utrecht) fueron bastante frecuentados y los barcos frisones siguieron surcando el Escalda, el Mosa y el Rin y dedicándose al cabotaje en las costas del mar del Norte.⁷ Pero no hay que considerar estos hechos como síntomas de renacimiento. Son tan sólo la prolongación de una actividad que se inició en tiempos del Imperio romano y perduró hasta la época merovingia.⁸ Es posible, y aun probable, que la residencia habitual de la corte imperial en Aquisgrán y la necesidad de abastecer su numerosísimo personal hayan contribuido, no sólo a sostener, sino a desarrollar la circulación en los territorios vecinos y a hacer de ellos la única región del Imperio en donde todavía se notaba cierto movimiento comercial. Sea lo que fuere, los normandos no tardaron en borrar ese postrer vestigio del pasado. Quentovic y Dwrstel fueron saqueados y destruidos por ellos a fines del siglo ix, y tan concienzudamente, que nunca lograron resurgir de sus ruinas. Se podría creer, y a veces se ha creído, que el valle del Danubio vino a sustituir al Mediterráneo como gran vía de comunicación entre Oriente y Occidente. Esto hubiera podido suceder, en efecto, si dicho valle no hubiese sido inasequible por la presencia, en primer lugar, de los ávaros, y poco después, de los magiares. Los textos nos permiten únicamente vislumbrar la circulación de algunos barcos cargados de sal, procedentes de las salinas de Salzburgo. En cuanto al llamado comercio con los eslavos paganos de las márgenes del Elba y del Saale, se concretaba a turbias operaciones de aventureros, que se esforzaban en proporcionar armas a aquellos bárbaros, o compraban, para venderlos como esclavos, a los prisioneros de guerra que las tropas carolingias hacían a esos peligrosos vecinos del Imperio. Basta leer los *capitulaires* para convencerse de que no existía en aquellas fronteras militares, en donde la inseguridad era permanente, ningún tráfico normal y regular.

II

Carácter agrícola de la sociedad a partir del siglo ix. Es absolutamente evidente que, a partir del siglo viii, la Europa occidental volvió al estado de región exclusivamente agrícola. La tierra

fue la única fuente de subsistencia y la única condición de la riqueza. Todas las clases de la población, desde el emperador, que no tenía más rentas que las de sus tierras, hasta el más humilde de sus siervos, vivían directa o indirectamente de los productos del suelo, ya sea que éstos fueran fruto de su trabajo, o que se concretaran a percibirlos y a consumirlos. Los bienes muebles ya no tenían uso económico alguno. Toda la existencia social se funda en la propiedad o en la posesión de la tierra. De ahí la imposibilidad para el Estado de mantener un sistema militar y una administración que no se basen en aquélla. El ejército se recluta únicamente entre los detentadores de feudos, y los funcionarios, entre los latifundistas. En tales circunstancias, resulta imposible amparar la soberanía del jefe del Estado. Si éste subsiste en principio, desaparece de hecho. El sistema feudal es tan sólo la desintegración del poder público entre las manos de sus agentes, que por el mismo hecho de que poseen cada uno parte del suelo se han vuelto independientes y consideran las atribuciones de que están investidos como parte de su patrimonio. En resumen, la aparición del feudalismo en la Europa occidental, en el curso del siglo IX, no es más que la repercusión, en el orden político, de la regresión de la sociedad a una civilización puramente rural.

Los latifundios. Desde el punto de vista económico, el fenómeno más señalado y característico de esta civilización es el latifundio. Su nacimiento es, por supuesto, mucho más antiguo, y es fácil establecer que su origen se remonta a un pasado muy remoto. Existían grandes propietarios en Galia desde antes de César, así como existían en Germania desde antes de las invasiones. El Imperio romano dejó subsistir los latifundios galos, que rápidamente se adaptaron a la organización de los del pueblo vencedor. La *villa* gala de la época imperial, con su reserva afectada al propietario, y sus innumerables tenencias de colonos, presentaba un tipo de explotación discutido por los agrónomos italianos en la época de Cato. Permaneció en su forma más primitiva durante el período de las invasiones germánicas. La Francia merovingia la conservó y la Iglesia la introdujo allende el Rin, a medida que iba convirtiendo aquellas regiones al cristianismo.⁹

Ausencia de mercados exteriores. La organización del latifundio no constituyó, bajo ningún concepto, un hecho nuevo. Pero su funcionamiento, a partir de la desaparición del comercio y de las ciudades, fue una innovación. Mientras el primero pudo transportar sus productos y las segundas le proporcionaron un mercado, el latifundio dispuso y, por ende, benefició de una venta regular en el exterior. Participaba en la actividad económica general como productor de artículos de consumo y como consumidor de objetos manufacturados. En otras palabras, vivía en estado de intercambios